

Es propiedad:  
Queda hecho el depósito que previene la Ley.



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

## CAPITULO XXXVII

### Sócrates y la nueva educación ateniense.

En aquella parte de su *Política* que Aristóteles consagra á examinar la cuestión de cómo se originan ó evitan los cambios de las diversas formas de gobierno, presenta como el medio más eficaz para conservar y mantener una determinada organización política, el de educar á la juventud en ella y para ella. No es menos importante que esta observación, las indicaciones que la acompañan, relativas al olvido casi general en que en aquella época se tenía tan interesante máxima <sup>1)</sup>, y que fué lo que más principalmente motivó la decadencia y desquiciamiento interior de los Estados de Grecia. Desde el momento en que fué irremediable el divorcio cada vez mayor entre las ideas y aspiraciones en que había sido educada la generación de entonces, y las convicciones políticas y religiosas que, estrechamente unidas, constituían la base de la vida política antigua, su ruina estaba asegurada, y el desarrollo nacional del helenismo, fundado en la diversidad de razas, llegaba á su fin. Entonces comenzó una época completamente nueva, cuyas diferencias respecto de la que acababa de transcurrir, estribaban no sólo en la completa transformación de las relaciones políticas hasta allí existentes, sino también y muy principalmente, en los cambios que sufriera la manera de pensar y el modo de ver las cosas del mundo y de la vida.

En Atenas hallamos las primeras manifestaciones de este cambio, inmediatamente después del siglo de Pericles. En medio de una fermentación general producida por las vicisitudes de la guerra y por la lucha cada vez más viva y enconada de los partidos, surge de repente un problema cuya solución había de lla-

<sup>1)</sup> *Política*, 5, 9, p. 1.310, a, 12: μέγιστον δὲ πάντων τῶν εἰρημένων πρὸς τὸ διαμένειν τὰς πολιτείας, οὗ γὰρ ὀλιγοῦσι πάντες, τὸ παιδεύεσθαι πρὸς τὰς πολιτείας.

mar en alto grado la atención de los hombres pensadores de la época. El interés por tan grave problema despertado, no tan sólo se refleja en la comedia, sino que se muestra patente por largo tiempo en una parte considerable de la literatura; y bien se comprende que los hombres que más se interesaban por el mejoramiento de las costumbres, fueran también los que con más empeño se dedicaran al estudio de aquella cuestión. Tratábase nada menos que de introducir radicales cambios en el sistema de educación y de enseñanza á la sazón en boga: de plantear una reforma que, aunque había de poner término á un período tan ensalzado por el poeta, en que «los encantos de la poesía servían aún para realzar el brillo de la verdad», debe ser considerada como uno de los más importantes progresos que registra la historia de la civilización.

Mas antes de indicar en qué ha consistido este progreso y la lucha que hubo de sostener para conseguir el triunfo, parece conveniente que dirijamos una nueva mirada al pasado. Si recordamos cuáles eran los fines de la educación en los siglos anteriores, y los ramos á que la enseñanza de la juventud se hallaba limitada, nos será fácil formar idea exacta y juicio seguro, así del origen y gestación, como de la importancia de innovaciones que tan de repente alcanzaron completo predominio.

Si, sobre todo, intentáramos aplicar al sistema educativo en boga en Atenas durante la época de su mayor esplendor y poderío, el criterio y las ideas de hoy con todas sus más rigurosas exigencias, causaríamos seguramente cierta sorpresa, de una parte la esfera pequeña y limitada de aquellos conocimientos tenidos por tan vastos, y de otra, la casi total indiferencia y apatía del Estado, en cuestiones que se cuentan entre las más importantes y trascendentales de aquellas á que todo organismo político debe consagrar su atención. Por lo que á Atenas respecta, parece haberse limitado el cuidado del legislador, á proteger en lo posible á la juventud contra las seducciones y halagos que la amenazaban <sup>1)</sup>. Mas, según parece, para ejercer el magisterio, tenido entonces en bien poca estima, no se exigían condiciones de ningún linaje. De un pasaje de Platon en que habla del asunto

<sup>1)</sup> Contribuyen á aclarar este punto las disposiciones legales citadas por Esquines en el discurso *Contra Timarco*, § 8—12, las cuales estaban encargados de hacer cumplir los *σωφρονισταί* y los *ἐπιμεληταί τῶν ἐφήβων*, raras veces nombrados.

sólo como de pasada y por accidente <sup>1)</sup>, parece inferirse la existencia de una ley que obligaba á los padres á enseñar á sus hijos la música y la gimnasia, las cuales, según expresa en otro pasaje el mismo escritor <sup>2)</sup>, formaban la base de aquel desarrollo armónico y uniforme de las facultades intelectuales y físicas, que los griegos consideraban como el último y más noble fin de todo sistema educativo. La agilidad y la fuerza corporal, de una parte, de otra el amor á la exactitud y la armonía representadas en el ritmo, y la sensibilidad para las bellezas de la forma en las obras poéticas y musicales: éstos, en unión de los conocimientos elementalísimos indispensables de leer, escribir y contar, eran los fines á que aspiraba la enseñanza. Las obras poéticas eran las que sobre todo despertaban y mantenían vivos los sentimientos moral y religioso, y hasta el mismo sentimiento nacional. Al lado de las pinturas de los héroes en ellas celebrados, á los cuales se presenta como prototipos de las más nobles virtudes, dábase capital importancia á pasajes de carácter esencialmente didáctico y moral <sup>3)</sup>. Sobre todo entraba como factor importante de toda enseñanza, el hacer aprender de memoria al discípulo determinadas partes de las obras de los poetas <sup>4)</sup>. Desde un principio, sin

<sup>1)</sup> *Criton*, p. 50, d: ἢ οὐ καλῶς προσέτατον ἡμῶν οἱ ἐπὶ τούτοις τεταγμένοι νόμοι, παραγγέλλοντες τῷ πατρὶ τῷ σὺ σε ἐν μουσικῇ καὶ γυμναστικῇ παιδεύειν. Es posible que Platon no tuviera presente en este pasaje otra ley sino la que disponía que los padres que no proporcionaran á sus hijos enseñanza alguna, perdieran todo derecho á la protección y apoyo de éstos en su vejez. Véase *República*, libro II, p. 376, e, y Vitruvio en el discurso preliminar al libro VI. Lo que Diodoro, 12, 12, pone en boca de Carondas: ἐνομοθέτησε γὰρ τῶν πολιτῶν τοὺς υἱεὶς ἅπαντας μάχεσθαι γράμματα χορηγούσης τῆς πόλεως τοὺς μισθοὺς τοῖς διδασκάλοις, no tiene fundamento histórico alguno. Como á menudo ha sucedido con Licurgo, algún escritor político ha atribuido á Carondas la idea de establecer la enseñanza por el Estado, insistentemente pedida ya por Platon y Aristóteles.

<sup>2)</sup> *República*, 4, p. 441, e: κράσις μουσικῆς καὶ γυμναστικῆς. Véanse también los versos 728 y 729 de las *Ranas* de Aristófanes:

ἄνδρας ὄντας καὶ δικαίους, καὶ καλοὺς τε κάγαθούς,  
καὶ τραφέντας ἐν παλαιστραῖς καὶ χοροῖς καὶ μουσικῇ.

<sup>3)</sup> Platon, *Protágoras*, p. 325, e: παρατιθέασιν αὐτοῖς ἐπὶ τῶν βάρῃων ἀναγιγνώσκειν ποιητῶν ἀγαθῶν ποιήματα καὶ ἐμανθάνειν ἀναγκάζουσιν, ἐν οἷς πολλὰ μὲν νομιστῆσις ἔνεισι, πολλὰ δὲ διέξοδοι καὶ ἔπαινοι καὶ ἐγκώμια παλαιῶν ἀνδρῶν ἀγαθῶν, ἵνα ὁ παῖς ζῆλῶν μίμηται καὶ ὀρέγεται τοιοῦτος γίγνεσθαι.

<sup>4)</sup> Además de los pasajes antes citados, deben verse el § 43 de la exhortación de Isócrates *A Nicocles*, y el § 135 del discurso de Esquines *Contra Ctesifon*. Como ya hemos observado en el tomo I, pág. 195, la colección de sentencias de Teognis

embargo, la verdadera fuente y el punto de partida de la educación, lo mismo de las generaciones antiguas que de las posteriores, fueron las obras de Homero. Así pues, muy bien podía decir el filósofo Jenófanes, que todo ciudadano estaba familiarizado desde la infancia con las obras del gran poeta <sup>1)</sup>, de cuya difusión cuidaron con gran esmero, especialmente en Atenas, Solon y los Pisistrátidas <sup>2)</sup>. Las impresiones sentidas en la niñez, eran reanimadas sin cesar por las declamaciones de los rapsodas; y fácilmente se comprende que con tan constante comunicación con Homero, habían de grabarse de una manera indeleble en el ánimo de los griegos, las opiniones por él emitidas, sus ideas sobre las cosas divinas y humanas. No sólo los asuntos de sus poemas pasaban por indiscutiblemente verdaderos, sino que la exactitud de todos sus pormenores estaba por encima de toda duda; y llegó á ser tal la fe en la infalibilidad de Homero, que el conocimiento completo de sus obras era considerado como la mejor instrucción y como la escuela más excelente para la vida práctica <sup>3)</sup>. Aunque en el *Banquete* de Jenofonte, Nicerato refiere cómo su padre, al querer desarrollar y educar sus facultades y aptitudes, no halló otro medio mejor que el de obligarle á aprender de memoria toda la *Iliada* y toda la *Odisea* <sup>4)</sup>, es evidente que el autor no cita este ejemplo, sino para censurar un sistema anticuado ya y demostrar la necesidad de sustituirlo por otro mejor. Es de todas suertes digno de nota que Jenofonte encontrara en aquel tiempo defensores, cuando de otra parte, aquellos á quienes Platon llama «panegiristas de Homero» <sup>5)</sup>, tenían perfecta razón al ensalzar al gran poeta como maestro de la Hélade.

que hoy conocemos, debió su origen, según todas las probabilidades, al propósito de reunir una serie de trozos escogidos con destino á la enseñanza.

<sup>1)</sup> Véanse sus palabras en Dracon, *De metris*, p. 33: ἐξ ἀρχῆς καὶ Ὁμηρον ἐπεὶ μεμαθήκασι πάντες. Sin embargo de que se refería á una época muy anterior, es perfectamente aplicable á todas las posteriores, lo que Heráclito dice en las *Alleg. Homer.*, c. 1: εὐθὺς γὰρ ἐκ πρώτης ἡλικίας τὰ νήπια τῶν ἀρτιμαθῶν παίδων διδασκαλίη παρ' ἐκείνῳ τιθεῖται καὶ μονοῦ ἐνεσπαργανωμένοι τοῖς ἔπεσιν αὐτοῦ καταπερὶ ποτίμῳ γάλακτι τὰς ψυχὰς ἐπάρομεν.

<sup>2)</sup> Véase el tomo I, pág. 106.

<sup>3)</sup> Bajo este aspecto, es muy interesante lo que Aristófanes, *Ranas*, versos 1.033 y ss. pone en boca de Esquilo.

<sup>4)</sup> Cap. III, § 5.

<sup>5)</sup> *República*, 10, p. 606, e: οὐκοῦν ὅταν Ὁμήρου ἐπαινέταις ἐντύχης λέγουσιν ὡς τὴν Ἑλλάδα πεπαίδευεν οὗτος ὁ ποιητής.

Haber tenido un maestro como Homero, era para la Grecia entera, según un conocido dicho de Alejandro, una suerte no menos estimable que la de haber sido patria de Aquiles, el cual halló en el gran poeta digno heraldo de sus hazañas. Mas á medida que el pueblo griego avanzaba en su desenvolvimiento intelectual, y que, ensanchando la esfera de los nuevos conocimientos desarrollaba también su penetración extraordinaria, tomaban necesariamente mayor vuelo las ideas pregonadas y enaltecidas por los poemas homéricos. La ingenuidad y el candor con que por largo tiempo se había estudiado á Homero y á los demás poetas, disipose desde el momento en que se comenzó á consagrar atención marcada á la investigación de las causas originarias de las cosas y fenómenos de la vida, ó en que se principió á estudiar seriamente los problemas morales y religiosos. Esta circunstancia explica la oposición en que desde un principio se hallaron los más antiguos filósofos de la Grecia, respecto de los poetas <sup>1)</sup>. La guerra hecha por Platon á la poesía y á los males por ella causados, es pura y simplemente la continuación de la lucha comenzada ya por Jenófanes, Heráclito y Parménides.

Los ensayos que hallamos, por cierto en época relativamente remota, de acudir en ayuda del amenazado prestigio de los poetas, apelando á la interpretación alegórica, prueban que los ataques contra ellos dirigidos no dejaron de hallar eco en el gran público <sup>2)</sup>. Por lo demás, el éxito de estos medios no podía ser muy eficaz, desde el momento en que su empleo acusaba implícitamente el reconocimiento de que tales censuras eran justificadas <sup>3)</sup>.

Las noticias que la antigüedad nos ha trasmitido son, por des-

<sup>1)</sup> Véase el tomo II, pág. 13.

<sup>2)</sup> De tales ensayos hablan Jenofonte en el *Banquete*, 3, 6, y Platon en la *República*, 2, p. 378, d. En el último de estos pasajes se hace resaltar cómo la juventud de entonces no se hallaba en condiciones de poder distinguir lo que necesitaba ser interpretado por la alegoría, de lo que no lo necesitaba. Ὑπονοία era la expresión usada en lugar de ἀλληγορία, que se empleó después. Véase Plutarco, *De aud. poet.*, p. 19, e, y el cap. XXIX, pág. 289, nota 2 del tomo II. En parte, los cargos que Platon hace á Antistenes, parecen fundarse en lo que dice Dion Crisóstomo, *Or.*, 53, 276: ὁ δὲ λόγος οὗτος Ἀντισθένους ἐστὶ πρότερον ὅτι τὰ μὲν δόξει τὰ δὲ ἀληθεῖα εἴρηται τῷ ποιητῇ.

<sup>3)</sup> Las palabras que Platon, *República*, 10, p. 595, d, pone en boca de Sócrates: ῥητέον, ἦν δ' ἐγώ, καίτοι φιλία γέ τίς με καὶ αἰδώς ἐκ παιδὸς ἔχουσα περὶ Ὁμήρου ἀποκωλύει λέγειν, demuestran cómo estas censuras eran tímidas y vacilantes.

gracia, demasiado deficientes, para que con ellas podamos dar minuciosa cuenta de cómo se produjo y propagó aquel libre vuelo de la inteligencia, que en tiempo relativamente breve originó tan completo cambio en las ideas y aspiraciones de los griegos. Todos los indicios, sin embargo, inducen á creer que este movimiento tiene su origen allí donde el desarrollo intelectual fué siempre más rápido y poderoso, esto es, en las colonias orientales y occidentales de Grecia <sup>1)</sup>.

Mas este nuevo progreso no adquirió verdadera importancia hasta el momento en que consiguió penetrar en Atenas. Si desde la terminación de la guerra con los persas, y más aún desde los comienzos del ciclo de Pericles, Atenas fué entre los helenos el centro de toda vida intelectual, el lugar donde ésta alcanzó su completo desarrollo, no se debió ciertamente al apresuramiento con que acogía toda nueva idea, todo pensamiento fecundo, para desenvolverlo de una manera gradual hasta llevarlo á completa madurez <sup>2)</sup>. Pero en cambio todos los gérmenes y ensayos que habían prosperado en otras partes, alcanzaron su mayor y espontáneo florecimiento y su verdadero valor en Atenas. No sucedió de otra suerte con la poesía dramática y la oratoria, y otro tanto puede decirse de la filosofía, la cual adquirió por vez primera entre los atenienses las cualidades que la han distinguido en las edades posteriores, á saber: la fuerza y la elevación de miras que han hecho de ella el primer factor de toda cultura intelectual.

Según una noticia, sobre cuya autenticidad caben fundadas dudas, Pitágoras debió ser el primero que recabó para sí el nombre de filósofo <sup>3)</sup>. Si prescindimos de este testimonio, el primer empleo de aquella palabra lo encontramos en Heródoto y en Tucídides <sup>4)</sup>. Ciertamente no hay que mirar como simple casualidad

<sup>1)</sup> Si tuviéramos noticias más completas que las que poseemos, respecto del origen y verdadera época en que fueron compuestas las obras que hasta nosotros han llegado con el nombre de Hipócrates, de muchas de ellas podríamos sacar interesantísimas deducciones acerca del modo cómo, á consecuencia de ciertas investigaciones científicas, han sido combatidas y desechadas muchas tradicionales preocupaciones. Esta misma consideración conviene perfectamente á las teorías de Demócrito.

<sup>2)</sup> Tal es lo que Tucídides, 2, 39, pone en boca de Pericles: οὐκ ἔστιν ὅτι ξενηλασίαις ἀπείργομεν τινα ἢ μαθήματος ἢ δαΐματος.

<sup>3)</sup> Diógenes Laercio, 1, 12, Ciceron, *Disput. Tuscul.*, 5, 3, y Quintiliano, *Instit. Orat.*, 12, 1, 19.

<sup>4)</sup> En Heródoto, 1, 30, es Crespo quien dice de Solon: ὡς φιλοσοφῶν γῆν πολλήν

la circunstancia de que hallemos empleada en ambos historiadores la nueva denominación, para ensalzar una cualidad del carácter ateniense, á saber: la aspiración constante á ampliar todo lo posible la esfera del propio saber, desarrollar las facultades intelectuales y darse cuenta exacta de las cosas. La existencia de esta cualidad en el carácter de los hijos de Atenas está en relación estrecha con la viveza de su imaginación, con sus dotes ya por naturaleza brillantes, y desarrolladas aún más gracias á su activo comercio con otros pueblos, y, finalmente, con su amor, ya notado por Platon <sup>1)</sup>, á la comunicación oral de ideas y pensamientos, que contrastaba con la concisión y reserva espartanas. El íntimo consorcio de estas cualidades no sólo produjo en los atenienses una afición mayor á todo lo nuevo, sino que también despertó en ellos el deseo de emanciparse de lo puramente tradicional, ó por lo menos de someter al examen de la crítica lo que no tenía otro fundamento que la mera tradición. En este libre rumbo, así del pensamiento como de la voluntad, unido al deseo de no limitarse al mero examen de los hechos, sino de intentar además conocer las relaciones entre las causas y los efectos, es donde está la esencia de lo que en la antigüedad se entendió bajo el nombre de Filosofía, y de lo que en el fondo no es otra cosa que la aspiración á elevarse, desde el estrecho círculo de ideas basadas en tradiciones de pasadas épocas, al mundo del raciocinio.

Claro es que necesitó mucho tiempo para conseguir aquel fin; con tanto más motivo cuanto que no habían faltado ensayos de oponer viva resistencia al ardiente anhelo de luz y de cultura; mas cuando surgieron ingenios que, como Pericles por ejemplo, alentaron tales aspiraciones <sup>2)</sup>, favorecidas éstas al propio tiempo por diversas circunstancias, no tardaron en vencer y prosperar. Para evidenciar cómo semejante transformación se operó en plazo relativamente breve, no hay sino comparar las tragedias de Eurípides con las de sus predecesores. El nuevo espíritu de la época revélase ya de una manera clara en las obras del primero de aquellos poetas, quien contribuyó poderosamente á propagar-

Σωκράτης εἶνεκεν ἐπελήλυθας. Una cosa parecida dice Tucídides, 2, 40, de los atenienses: φιλοκαλοῦμεν γὰρ μετ' εὐτελείας καὶ φιλοσοφοῦμεν ἄνευ μαλακίας.

<sup>1)</sup> *Leyes*, I, p. 641, e: τὴν πόλιν ἅπαντες ἡμῶν Ἕλληνας ὑπολαμβάνουσι ὡς φιλόλογος τέ ἐστι καὶ πολυλόγος.

<sup>2)</sup> Plutarco, *Pericles*, cap. IV.

lo entre sus contemporáneos. Por otra parte, la predilección que por sus escritos mostraron las generaciones posteriores, tiene sus principales raíces en la conformidad que existe entre sus ideas y las imperantes entre estas generaciones.

Pero fué aún más decisiva, por ser también más inmediata, la influencia ejercida por los sofistas en la propagación de opiniones y tendencias completamente diversas de las que antes prosperaran. Ya el mismo nombre con que se les designa indica por sí solo el propósito de trabajar constantemente por la consecución de un grado de cultura mayor del alcanzado hasta entonces. Aun cuando fuera cierto, como su más enconado enemigo ha dicho <sup>1)</sup> que, considerada en sus fundamentos, la ciencia enseñada por ellos no se diferenció en nada de la que ya poseía la multitud que los admiraba, el papel que desempeñaron en el desarrollo de la cultura de su tiempo, es de todas suertes por extremo importante y fecundo. Bajo más de un aspecto cabe compararlos con los llamados humanistas, pues tanto unos como otros marcharon siempre á la cabeza del progreso intelectual de su época. Mas tan difícil como es negar su celo por la propagación y desarrollo de la cultura, es desconocer la parcialidad y verdadera significación de sus esfuerzos: pues que no sólo consagraban casi exclusivamente sus desvelos á la cultura meramente formal, sino que á todas luces exageraron el verdadero valor de la misma. Bien mirado, ésta y no otra fué la causa de que así el florecimiento de los sofistas como el prestigio de los humanistas, fuera efímero y pasajero. Tan vivo como fué el entusiasmo que despertó la primera aparición de unos y otros, tan rápido fué también su desvanecimiento, para ceder el puesto, en plazo relativamente breve, á un desdén más ó menos pronunciado.

No es mi propósito, aunque sería tarea fácil, proseguir semejante paralelo, para poner de relieve otros muchos puntos de analogía que median entre los sofistas y los representantes del humanismo; con tanto más motivo cuanto que no parecería bien volver de nuevo á este asunto, después de lo que ya se ha dicho sobre los sofistas en capítulos anteriores. No sería, sin embargo, fuera de sazón, consignar aquí algunas observaciones acerca de

<sup>1)</sup> Platon, *República*, 6, p. 493, a: ἕκαστος τῶν μισθαρνούντων ἰδιωτῶν, οὗς δὴ οὗτοι σοφιστὰς καλοῦσι καὶ ἀντιτέχνους ἡγοῦνται, μὴ ἄλλα παιδεύειν ἢ ταῦτα τὰ τῶν πολλῶν δόγματα, ἃ δοξάζουσιν ὅταν ἀδριουσιῶσιν.

los repetidos ensayos hechos más modernamente para mejorar la opinión que de ellos se tiene formada. Aunque las pinturas que Platon hace del sistema y procedimientos de los sofistas, las cuales muestran estar destinadas á proseguir la guerra contra ellos comenzada por Sócrates, no siempre parezcan completamente imparciales y libres de todo espíritu de partido, sólo puede ponerse esta tacha en puntos perfectamente secundarios, y de ninguna suerte en lo fundamental. Por otra parte, no se puede conceder una importancia decisiva al hecho de que á menudo no se haya establecido diferencia alguna entre las tendencias de los sofistas y las de Sócrates, como tampoco á la circunstancia de que en cuestiones determinadas y concretas, no sea fácil trazar la línea divisoria que separa y distingue al uno de los otros. La razón de esto debe buscarse única y exclusivamente en el doble significado de la palabra sofista, el cual hace que no pueda sostenerse que la aplicación de ella á Sócrates, por un orador posterior, lleve necesariamente envuelto el propósito de adjudicarle un calificativo deshonoroso <sup>1)</sup>. Pero aun prescindiendo de lo que en realidad constituye el fundamento del significado desfavorable de la palabra sofista, tanto menos motivo hay para poner en tela de juicio lo justificado de las censuras lanzadas contra los que se apropiaron este nombre, cuanto que la razón de ellas está en que engañaban al auditorio asegurando estar en posesión de lo que en realidad carecían. Como Aristóteles, no menos categóricamente que Platon, ha sostenido, la ciencia de los sofistas era sólo aparente <sup>2)</sup>. En todo caso, sus esfuerzos carecían de idealidad y alteza de miras; pues cuando no eran resultado del egoísmo y del interés personal, no iban á otra cosa enderezados que á alcanzar un éxito. Pero aún más daño que con este proceder, hicieron indudablemente con su filosofía, la cual no era en su mayor parte más que mero excepticismo, no circunscrito por cierto á simples hipótesis, sino aplicado indistintamente á todas las cosas.

<sup>1)</sup> Así lo ha indicado Esquines en el discurso *Contra Timarco*, § 173. De igual suerte se llama sofistas á los filósofos, en la ley de Sófocles del año 307: Polux, 9, 42.

<sup>2)</sup> *Metafísica*, 3, 2, p. 1.004 b, 18: ἡ γὰρ σοφιστικὴ φαινόμενη μόνον σοφία ἐστίν. *De Soph. el.* cap. XI, p. 171, b, 27: ἡ γὰρ σοφιστικὴ ἐστίν, ὡς περ εἵπομεν, (y lo mismo en el cap. I, p. 165, a, 21): χρηματιστικὴ τις ἀπὸ σοφίας φαινόμενη, διὸ φαινόμενη ἀποδείξεως... καὶ γὰρ ἡ σοφιστικὴ ἐστὶ φαινόμενη σοφία τις ἄλλ' οὐκ οὐσα y en otros pasajes.